

OJO GUAREÑA, BAJO LA PROTECCIÓN ESTATAL

El Ministerio de Educación y Ciencia, en virtud de Decreto de 23 de abril de 1970, previa deliberación del Consejo de Ministros, ha declarado monumento histórico-artístico el complejo cástico de Ojo Guareña, situado en la merindad de Sotascueva (Burgos), sobre el cual se ofrece, en este mismo número, un amplio reportaje. La ausencia de interés científico en torno a un fenómeno geológico y arqueológico de tal importancia es un hecho lamentable que ahora, merced al interés estatal, debería transformarse en efectivo y riguroso quehacer investigador, "tanto para poder proseguir con toda clase de garantías una exploración sistemática del mismo —como indica la parte expositiva del mencionado Decreto—, como para preservarlo de cualquier atentado que ocasionara perjuicio a sus peculiares bellezas".

MEDICINA

NO HAY INFARTOS EN NUEVA CALEDONIA

Se acusa a nuestro tipo de civilización de aumentar la frecuencia de las enfermedades cardiovasculares degenerativas, que, con el cáncer y los accidentes de carretera, constituyen uno de los mayores factores de la mortalidad actual. Una reciente encuesta, efectuada en Nueva Guinea, viene a confirmar esta tesis. La encuesta, realizada entre aproximadamente ochocientos indígenas adultos, ha revelado que ninguno de ellos presentaba afección cardiovascular alguna; tampoco se encontraron hipertensiones arteriales, diabetes u obesidades. El alimento de estos indígenas, una especie de patatas dulces, se compone exclusivamente de hidratos de carbono.

CAFE, CAFE

Sabemos que el café es perjudicial para ciertas clases de enfermos. Sin embargo, la proporción de cafeína contenida en el café varía considerablemente según que se trate de la variedad "robusta", representada por los cafés de África o de Madagascar, o la variedad "arábica", procedente de América Latina (Brasil, Colombia...). Además, la cafeína no es la única sustancia activa del café; éste contiene, en cantidades no despreciables, otros productos igualmente excitantes, que escapan totalmente al descafeinado y que son los ácidos clorogénicos. El café descafeinado no ha perdido, pues, todas sus propiedades estimulantes; esto explica, sin duda, el que siga siendo apreciado. Resulta que el café, benéfico para los asténicos, hipotensos y bradicárdicos, es más o menos tolerado por los hepáticos y los ligeramente hipertensos; sólo deben abstenerse de tomarlo los coronarios y los nerviosos.

OTRA VEZ LA MARIHUANA

Hasta ahora se creía que la marihuana era por sí misma inofensiva, pero que daba paso a otras drogas, las «duras» como la heroína, la cocaína, etcétera. Esta opinión ha sido refutada en un informe de los doctores Norman E. Zinberg, de la Harvard Medical School, y Andrew T. Weil, del National Institute of Mental Health de Londres, publicado por la revista científica inglesa «Nature». Sus trabajos se refieren a nueve fumadores crónicos, veinticuatro que no fuman y veintiocho fumadores ocasionales. Los científicos han observado que no hay prácticamente diferencia alguna de comportamiento entre un fumador ocasional y uno que no fuma. Hasta el punto de que es imposible distinguirlos entre sí.

Ahora bien, la reincidencia en el uso de la marihuana provoca claras modificaciones de la personalidad en el «fumador crónico», es decir, en cualquiera que haya fumado por lo menos una vez al día durante un período de varios años, y cuyo retrato robot es el siguiente: se viste y se comporta como un «hippy», sus opiniones políticas, de derecha o de izquierda, son siempre radicales; considera generalmente a la sociedad como «ciegamente conformista» y se autodefine siempre con relación a la droga. (¿A qué se dedica usted? «Fumo...»)

Según los psicólogos, el «fumador crónico» se caracteriza además por una «extrema ansiedad», así como por una «vaga paranoia» o una «clara merma intelectual».

Por último, el fumador de marihuana no bebe alcohol, ya que la «hierba» es para él un «equivalente funcional» del mismo. ■ Doctor S. B. SIMON.

Madrid

LAS FIESTAS DEL PUEBLO O LA AGONIA DEL CASTICISMO

Cuando estas líneas vean la luz habrán concluido o estarán dando las últimas boqueadas las fiestas que anualmente celebran los madrileños en honor de su celestial patrono: aquel labriego medieval, más rezador que destripaterrones, llamado Isidro. He dicho: «celebran los madrileños», y he dicho mal. Porque los madrileños de 1970, en cuanto tales ciudadanos de la Villa y Corte, se hallan situados, mental y socialmente, a mil años-luz de cualquier regocijo colectivo con carácter «castizo». Madrid no es, pese a la plétora demográfica y a los proliferantes pasos a desnivel, esa megápolis progresiva, habitable en un futuro muy próximo, que preconizan algunos profetas del urbanismo optimista. Pero tampoco es ese «pueblo cordial, poseído de cierto orgullo manchego», descrito por José María Salaverría allá por los años de la «belle époque». Madrid es, simplemente, la capital económica y administrativa de un país henchido de contradicciones. Y una de ellas —consecuencia secundaria de otras más graves— es, por ejemplo, la de organizar por decreto festejos «populares».

Hace un siglo, cuando Madrid era un mero «crisol de paletos», las fiestas del pueblo madrileño constituían un producto realmente popular. Eran los tiempos del organillo y del agua milagrosa, del mantón de Manila y del «güito» ladeado; en aquella época —y precisamente con ocasión de la romería de San Isidro— se inventó la tortilla de patatas. Aquellos festejos, pobretones y bullangueros, eran, a pesar de todo, auténticamente «castizos». El término «castizo» procede del vocablo «casta», y éste, a su vez, del adjetivo «casto» (es decir, puro, incontaminado, sin mixturas). Unamuno señala que, cuando se predica de cualquier especie animal que es «de buena casta», vale tanto como afirmar que es «de raza pura, íntegra, sin mezcla ni mestizaje alguno».

Pero Madrid ya no es una ciudad «de buena casta». Madrid es esencialmente un precipitado migratorio. Su «pedigree» de autoctonía es el más bajo de España. Andaluces y manchegos, gallegos y extremeños han traído a la capital sus costumbres, sus acentos, sus problemas vitales, su propio e intransferible «casticismo». «Para bien o para mal —han escrito Simancas y Elizalde en su libro "El mito del gran Madrid"—, ese es el "casticismo" popular del Madrid de hoy... Llorar por los organillos y los aguadores no es acercarse al Madrid

que vivimos, es alejarse hacia un pasado que no volverá».

Y, sin embargo, algunos nostálgicos —amigos de la capa, del cocido madrileño o del oso y del madroño— aún suspiran por la pérdida de un tiempo irrecuperable. Añoran endémicamente el «madrileñismo» a ultranza. Su «recherche du temps perdu» no es formulada a partir de esquemas coherentes; parece cifrarse en un enumerativo y ambiguo cajón de sastre en el que tienen cabida recuerdos, presencias y utopías; los churros calientes, el relevo de la guardia ante el palacio real, los mantones «alfombrados», los toros-toros, los callos a la madrileña, la falda larga, el género chico, la «gracia de un pipero retrechero», la palabra «fetén», etcétera... A veces tengo la impresión de que el «casticismo» madrileño está tan pasado de moda como el Sacro Imperio Romano Germánico, y que, puestos a jugar al antrúejo, tanto da disfrazarse de don Hilarión como de Pipino el Breve.

Las fiestas, para que sean efectivamente populares, han de nacer y engendrarse en la mentalidad cotidiana del pueblo, y no provenir de altas e inapelables decisiones administrativas. Creo haber oído que, en cierta ocasión, una autoridad gubernativa de Pamplona pretendió suprimir de un plumazo los encierros de San Fermín; la reacción de los navarros fue tan violenta que la autoridad en cuestión olvidó automáticamente sus propósitos, y ya no se volvió a hablar más del asunto. Esto no quiere dar a entender que los encierros pamplonicos sean un dechado de civismo lúdico; indica sencillamente que son populares. Como lo son —supongo— las Fallas valencianas, la sevillana Feria de Abril o las «tamborradas» de muchos pueblos aragoneses; al margen de posibles implicaciones de índole social, se trata de manifestaciones públicas elaboradas y aceptadas como formas de expansión por la inmensa mayoría de sus destinatarios.

Si las autoridades gubernativas de Madrid suprimieran de golpe y porrazo la romería de San Isidro, el pregón de las fiestas, el baile del chotis o la instalación de farolillos de papel, nadie —salvo quizá unos pocos morriñosos recalcitrantes— daría importancia a tal decisión. Es muy probable que ni siquiera se enterasen de ello los habitantes de Madrid: algunos habrían escapado en su automóvil de la contaminación atmosférica de la ciudad, y los demás estarían en sus casas, absortos ante un televisivo anuncio de biodetergentes. ■ S. R. SAN-TERBAS.